

MICHEL ONFRAY

Cinismos.

Retrato de los filósofos llamados “perros”

(Paidós, 2002; título original: *Cynismes. Portrait du philosophe en chien* (1990), traducción al español de Alcira Bixio, 236 págs.)

Carlos Ignacio Soto Olhabé

Michel Onfray es un importante filósofo y ensayista poco conocido en Chile. Nació en Argentan, Francia, el 1 de enero del año 1959. Actualmente, es ya autor de numerosas obras, un escritor jovial y prolífico de cuarenta y siete años, cuyos libros fueron y siguen siendo traducidos a diversos idiomas, además de ser muy leídos y comentados. Doctor en filosofía, enseñó esta materia en el *Lycée de Caen* (una escuela técnica de provincia) desde 1983 al 2002. Sin embargo, de acuerdo a su experiencia, la educación francesa, en general, enseñaba entonces sólo la historia oficial de la filosofía y, de hecho, no a filosofar. En consecuencia, decide dimitir en el año 2002 y crea luego la Universidad Popular de Caen (escuela transdisciplinaria abierta a un público heterogéneo y a temas interesantes y usualmente olvidados), posteriormente escribe en 2004 su respectivo manifiesto (*Communauté philosophique*) para su difusión, el que contribuyó al pronto éxito del proyecto. Él considera, en efecto, que no hay filosofía sin psicoanálisis ni sociología, sin crítica política o artística ni ciencias. Un filósofo –según él– ha de pensar en función de las diversas herramientas de que se dispone; si no, piensa en abstracto, fuera de la realidad. Sus escritos celebran sobre todo la estética, la libertad, el hedonismo, la sensualidad, lo lúdico y la figura del filósofo-artista, quien propone especialmente un modo de vivir (exhortando a otras singularidades a llevar a cabo libremente su desarrollo). Intenta además entroncar con la tradición de los antiguos filósofos cínicos y epicúreos, asociando filosofía y arte de vivir.

Cinismos es su tercer libro y data de 1990. Contiene, por cierto, diversas peculiaridades dignas de destacarse. Se trata de una obra que ofrece un nuevo aporte: expone un modo de presentar un pensamiento vivaz, sugerente e incitantemente, más allá de las fechas y los datos objetivos. Implica así sobre todo una manera de entender *la filosofía*, algo que el mismo Onfray reconoce como rasgo propio de la más exquisita antigüedad clásica: su ejercicio es una invitación a llevar a cabo un estilo de vida, o lo que Kierkegaard llamaba “*una estética de la existencia*”.

El libro comienza con un epígrafe que predispone al excitante tono del ensayo. Es una cita de Friedrich Nietzsche, quien ha sido, sin duda, el autor más influyente y aludido en el conjunto de la obra de Onfray. Sus líneas corresponden a un fragmento de *Ecce Homo*, en el cual se afirma:

“*El cinismo es ‘lo más elevado que puede alcanzarse en la tierra; para conquistarlo hacen falta los puños más audaces y los dedos más delicados’*”.

Este libro, cuya característica principal sea tal vez su cariz entusiasta, lúdico y efervescente, comienza con un peculiar *Prefacio* (pp. 11 a 29) que lleva por subtítulo *La filosofía, el maestro y la vida*. En él, Onfray rinde un delicado y cálido homenaje a quien fue su antiguo *profesor de filosofía antigua*, Lucien Jerphagnon, como muestra de sincera gratitud, y aprovecha la instancia para ofrecer, con el relato de una auténtica y vívida experiencia, un modo de concebir la filosofía y su forma de enseñarla. En este *Prefacio*, en efecto, Onfray parte por describir el entusiasmo y la afición que despertaron en él las lecciones de su maestro a partir de la filosofía de Lucrecio y de Plotino, autores entre sí muy distintos, pero que justamente por eso sirven para dar cuenta del mérito singular del docente, quien sobre todo hace accesible un pensamiento. De ahí que Onfray, al referirse a las clases de su maestro, sostiene: “*Lucrecio se transformaba en un contemporáneo, y sus palabras parecían salir como un eco y encontrar su actualidad en un lenguaje completamente moderno y cotidiano*” (p. 17). Se incita, pues, a una aventura que cada cual habrá de completar por sí mismo. En consecuencia, el autor destaca la importancia de la relación fundamental entre *maestro* y *discípulo*—algo que excede sin duda las aulas y anfiteatros— y la describe a partir de “*esa extraña paradoja que consiste en que un maestro pueda enseñar a su discípulo a desprenderse de él, a librarse de él lo más pronto posible*” (p. 15); así, en definitiva, se celebra a un “*maestro de libertad al mismo tiempo que maestro de sabiduría*” (p. 15).

Por otro lado, para Onfray, al faltar esa relación fundamental no es posible la propedéutica y la distancia, el diálogo, el trato afectuoso

y la distancia, que exige toda enseñanza de una práctica filosófica. En tal sentido, *“toda la antigüedad conoció esa relación específica sin la cual no hay sabiduría práctica. Por esto, para el autor, hasta los lugares se asocian a los maestros, y así es como recordamos la Academia (de Platón), el Liceo (de Aristóteles), el Pórtico (de Zenón) y el Jardín (de Epicuro). Además, existían las relaciones epistolares que remediaban la falta de proximidad. Con este espíritu, Séneca le escribió ciento veinticuatro cartas a Lucilio, cartas en las que le prodiga consejos, hace observaciones, da respuesta a cuestiones precisas o comenta algún detalle de la vida cotidiana. La relación entre maestro y discípulo le permite al filósofo especificar los ejercicios y proponer los métodos apropiados: el discípulo recibe una enseñanza particular, en la que cada momento de su evolución encuentra su justo lugar”* (p. 16). De esa manera, *“el ejercicio filosófico de estilo antiguo propone también la más refinada reducción de la intersubjetividad: cara a cara, un maestro y un discípulo que en común simpatía practican la amistad como un argumento pedagógico”* (p. 16). A esto, Onfray opone lo gregario o masivo, donde abunda toda clase de inhibición y gravedad, al señalar que, generalmente, *“en la universidad, es raro que un profesor muestre esa preocupación por el enseñar en la construcción de uno mismo: muchas veces, se trata simplemente de analizar la evolución de un concepto entre dos fechas, de hacer trabajar la memoria, pero sobre todo de no apelar a la inteligencia. A veces sólo se hacen ejercicios de iniciación: hay entonces que relacionar una idea con el pasado para determinar fuentes y encontrar raíces, o con el futuro, para extrapolar influencias o hacer pronósticos”* (p. 14). Tal actitud tiene como resultado, según Onfray, olvidar lo indispensable y propio de la filosofía antigua, pues ésta *“se distingue de todas las que la siguieron en que propone ejercicios para el espíritu con el objetivo de producir una transformación en el sujeto que las practica”* (p. 15). Esta consideración lleva al autor a aseverar en su obra una observación radical: *“pronto advertí que con el fin de la filosofía antigua desaparecía una manera característica de practicar la disciplina...”* (p. 14).

En cuanto a este punto, el filósofo normando recuerda y agradece: *“de mi viejo profesor aprendí entonces la libertad de espíritu y la independencia, el gusto por una filosofía práctica y concreta...”* (p. 29). Ahora bien, el punto es que, en mi opinión, ya en el *Prefacio* este libro muestra lo que esta obra destaca principalmente: un peculiar modo de transmitir lo vivo de un antiguo pensamiento. Sorprendentemente, basta la lectura de esta parte inicial para que el libro ya resulte estimulante...

El libro contiene doce capítulos cuyo contenido se caracteriza por la propuesta de distinción entre un *cinismo vulgar* (hipócrita, frío y solipsista) y un *cinismo filosófico*, que Onfray describe como *“una gaya ciencia,*

un alegre saber insolente y una sabiduría práctica eficaz? (p. 32), un arte “*de hacer caer una tras otra las máscaras de la vida civilizada y de oponer a la hipocresía en boga las costumbres feroces e indómitas del perro vagabundo y sin amo*” (p. 32). Por lo demás, el autor sostiene que el mejor remedio contra el cinismo vulgar es precisamente el cinismo filosófico (en el que se cuentan como ejemplares exponentes: Antístenes, Diógenes, Crates y Hiparquia), por lo que aquí se exhorta también a la aparición de nuevos cínicos en este sentido, a quienes “*correspondería la tarea de arrancar las máscaras, de denunciar las supercherías, de destruir las mitologías y de hacer estallar en mil pedazos los bovarismos generados y luego amparados por la sociedad*” (p. 32).

Ahora bien, el carácter insólito del ejercicio cínico estribaría en que se desmarca de la habitual gravedad idealizada y considera “*la ética como una modalidad del estilo, proyectando la esencia de éste en una existencia que se vuelve lúdica*” (p. 33). Posteriormente, el autor expone los diversos e hipotéticos significados del nombre “perro” (kynós), que se asocia al filósofo apelado y calificado de “cínico”. El nombre, atribuido en un comienzo con propósito infamante, es apropiado por el filósofo cínico, quien además trueca su sentido y lo convierte en un emblema. Justamente, el perro caza, vigila y protege; en él, “*ladrar y morder son modos de llamar la atención sobre la dirección que conviene seguir, de mostrar el camino que recorrer*” (p. 42).

Luego, se subraya el cariz excepcional de la apariencia del cínico: total falta de afeites, escandalosa sencillez, austera independencia, franca dureza en la expresión, propenso a la reveladora interrupción en público. Se desprende de esa presencia, en efecto, una ausencia de pudor e inhibición, “*una voluntad de hacerse salvaje*” (p. 49). Por lo mismo, la obra desarrolla las diferentes especies del bestiario ligado al filósofo cínico (el perro sabueso, la rata hurgadora y saciada, el pez que satisface él mismo su excitación, el resistente batracio, las cigüeñas, los corzos y las liebres, con carácter nómada; el ave que requiere amplios espacios de libertad). Tales son, para el cínico, maestros naturales de simplicidad, insumisión y contento.

Onfray sostiene, como base, que “*filósofo es aquel que, en la sencillez y hasta en la indigencia, introduce el pensamiento en su vida y da vida a su pensamiento*” (p. 69). De tal manera, el retrato hecho por Diógenes Laercio (cuya *Vidas de los más ilustres filósofos griegos* es la principal fuente de conocimiento del cinismo con que contamos) confirma al cinismo como una excepcional *filosofía liberadora* y, más aun, pone en relieve que Diógenes de Sínope, tal vez su exponente paradigmático, fue siempre consecuente respecto a esa concepción: “*Llevaba el tipo de vida que había caracterizado a Hércules, quien elevaba la libertad por encima de cualquier otra cosa*” (p. 78).

El autor alude además a la expresión franca del cinismo en lo que tiene de asalto, golpe y purgación. El cínico invade el ágora, interrumpe a los paseantes, alza su báculo por encima de sus cabezas o les ilumina el rostro a plena luz del día. En ese marco, el *filósofo-actor* expone a todo espectador al juego (en que se busca *diagnosticar* el padecimiento de los hombres). Así, por ejemplo, “*Diógenes detesta más que nada a los hombres que contribuyen con ardor y determinación a su propia alienación y se abandonan al azar y la suerte con la mayor de las pasividades*” (p. 85). Se trata de un juego agónico, de combate, con los temores y las inhibiciones que cada cual padece. En esa operación, según parece mostrar el cinismo, “*uno soporta los infortunios despreciándolos; cuando los abordamos diligentemente nada pueden hacer contra nosotros, pero si les rehuimos, si retrocedemos ante ellos, tenemos inmediatamente la impresión de que son más poderosos y más temibles*” (p. 88). A continuación, Onfray destaca: “*a diferencia de una ética preventiva que subordinaría la acción a una teoría pura y la haría proceder de ésta, la ética cínica confunde la voluntad y el instante, confiando plenamente en la inventiva y contando con el entusiasmo, término cuya etimología expresa la proximidad con el transporte divino. Diógenes y sus compadres (o comadres: no olvidemos a Hiparquia) dan nueva dirección a sus creaciones, sin preocuparse por seguir un programa, lo que estorbaría la espontaneidad: la ética de los cínicos es poética, por cuando expone la carga creativa que la invade*” (p. 90).

Onfray explica las estrategias cínicas a partir del cometido de una perspectiva que se opone metódicamente al malestar que procuran varios de los usos de la civilización, al ser demasiado idealistas y desnaturalizados. Conforme a esto, “*el cínico quiere hacer estallar las estructuras culturales caducas en nombre de lo que, desde un punto de vista nietzscheano, podría llamarse una supercultura definida como una civilización más exigente y más rigurosa en el sentido de la liberación de las necesidades naturales*” (p. 139). Luego, se describe un extraordinario programa de ética sin prohibición, orientado a una transmutación de los valores. De este modo, se confirma y acentúa el rechazo cínico a todo elemento heterónimo, supersticioso y jerárquico en la organización social y se asevera que para el cinismo “*el rechazo de la ley religiosa tiene su paralelo en una crítica de la ley civil y en una legendaria insolencia ante los hombres de poder*” (p. 153). Finalmente, se revisa la relación entre cultura y cinismo, por lo cual se analizan las nociones de: trabajo, familia y patria. Ahora bien, al oponerse a este triple ideal social, el cínico hace la ferviente apología de la independencia, el desapego, la singularidad y la autonomía. Se incita, pues, a crearse un espacio vasto, una amplitud de miras, una

visión de altura y un temple fuerte, aristocrático y distante; es decir, un estilo de vida y de pensamiento directamente opuesto a la comodidad de los lugares comunes. Tal objetivo ligado al cinismo pone en evidencia, para Onfray, que la filosofía se concibe como una práctica y una ascesis, nunca colectiva, sino individual. Se trata de una construcción poética de sí mismo y no de una ideología. Por lo tanto, es algo que apela a lo singular y no a lo masivo. Para cada maestro de cinismo: “*sólo unos pocos serán captados, los demás seguirán su vida desordenada y mezquina*” (p. 193).

Al final, Onfray, en retrospectiva, formula la siguiente pregunta: “*¿Qué nos conviene rescatar de este viaje a la antigua Grecia?*”. En ese marco, se nos invita a la cuestión y propuesta radical de su libro: *¿qué significa “convertirse en cínico”?* Tal interrogante, una vez que ha sido actualizada, conduce de por sí a la más espontánea e irónica cuestión “... *Para ser cínico, ¿acaso es necesario convertirse en onanista y caníbal, exhibicionista e incestuoso?*” (Comportamientos practicados, en su tiempo, por uno u otro de los antiguos cínicos mencionados a lo largo del libro). La respuesta no se hace esperar y es el punto nuclear de la conclusión: eso sería, por cierto, malentender una vez más lo que es una propuesta filosófica. No se trata, pues, de un culto, una ortodoxia o un haz de prescripciones. “*Convertirse a una filosofía*” no significa “seguir al pie de la letra” un modelo (lo que ya involucraría la abstención de un pensamiento singular y un estilo propio). Eso es quizá a lo que apela una simplificación ideológica, pero lo que aquí sugiere el autor es que, al imitar al modelo, uno no realiza la condición de *cínico*, precisamente porque “convertirse a una filosofía” implica atenderla y transfigurarla en una experiencia singular. Más aun, la filosofía cínica invita sobre todo a la libertad de un pensamiento que se lleva a cabo efectivamente en un estilo autónomo de vida. De ahí que el libro proponga, fundamentalmente, el cinismo filosófico como remedio o antídoto contra lo masivo y la mediocridad.

El libro termina por incluir un *Apéndice* cuyo título es *Fragmentos de cinismo vulgar* (pp. 199-219), donde se señala la hipocresía como síntoma de nuestra civilización, algo que ha llegado incluso a contaminar lo que es la fuente misma de la cultura, esto es, la docencia. Además, se complementa el ensayo con una *Bibliografía comentada*, que hace especial referencia a los siguientes libros: *Les Cyniques grecs: Fragments et témoignages* de Léonce Paquet; *Antistène* de Charles Chappuis; *L’ascèse cynique* de Marie-Odile Goulet-Cazé; *Rationalité et cynisme* de Jacques Bouveresse y *Critique de la raison cynique* de Peter Sloterdijk, además del artículo “Des paradoxes à la philodoxie” (en *L’Âne*, 1989, II, pp. 44-45). (pp. 221-225) y, por último, una

Bibliografía general, que registra todos los libros citados a lo largo de la obra, por capítulos y orden de aparición (pp. 227-236).

En suma, este libro de Michel Onfray es quizá una lúdica y entusiasta invitación a realizar, a partir de la lectura y más allá de ella, la reactualización de una filosofía.